

LA CULTURA, QUERIDO ROBINSON



Guillermo Busutil

LA CULTURA, QUERIDO ROBINSON
Crónicas y miradas periodísticas

Prólogo de
Antonio Muñoz Molina

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

La cultura, querido Robinson, Lorenzo Saval, 2019

© Guillermo Busutil, 2019

© Del Prólogo, Antonio Muñoz Molina, 2019

© De la foto de solapa, Lisbeth Salas, 2019

© Fórcola Ediciones, 2019

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-25714-2019

ISBN: 978-84-17425-40-1

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

«Los libros son las abejas que llevan el polen de una inteligencia a otra.»

JAMES RUSSELL LOWELL

«La cultura era un instrumento de navegación destinado a guiar la evolución social hacia una condición humana universal. Ahora está en manos de los imperativos de mercado y se hace para la obsolescencia instantánea.»

ZYGMUNT BAUMAN

«Uno de los prodigios más asombrosos de la vida de la cultura lo constituye esa posibilidad de vivir otros mundos, de sentir otros sentimientos, de pensar otros pensares. Una cultura que nos enseña que las imágenes nos hablan y en qué consiste ver la palabra.»

EMILIO LLEDÓ

PRÓLOGO

El libro involuntario

Antonio Muñoz Molina

ALGUNOS DE LOS MEJORES LIBROS que existen se han ido haciendo casi por su cuenta, sin que su autor advirtiera que los estaba escribiendo. El libro no se le ocurre al autor: le ocurre. Llega a él tan inesperadamente como si lo hubiera escrito otro, o mejor todavía, como si se hubiera escrito solo. Así, por poner un ejemplo máximo, le ocurrió a Charles Baudelaire con *El spleen de París*, que fue haciéndose durante años al azar de las cosas que él iba publicando en los periódicos, pequeños textos en prosa sobre esto y lo otro, cuentos comprimidos en media página. Baudelaire, que andaba siempre a la cuarta pregunta, tenía el don de colaborar en periódicos recién fundados que cerraban sin éxito poco después de publicar sus artículos, lo cual los volvía rápidamente invisibles, más rápido aún de lo que es normal en esta clase de literatura. Cuando enfermó, llevaba tiempo planeando reunirlos en un libro, que nunca tuvo una forma precisa, y ni siquiera un título seguro. Ahora leemos *El spleen de París* y nos parece una obra completa y bien trabada, dentro de su excitante variedad fragmentaria. Pero esa unidad vino a posteriori, igual que la de tantos otros libros de origen semejante, nacidos en el papel frágil de la prensa diaria, libros de Pío Baroja, de Josep Pla, de Francisco Umbral, de la gran Josefina Carabias. En los mejores casos, el aliento unitario ya ha existido de antemano, aunque sin duda de manera inconsciente, lo cual lo hace más valioso. El hilo no es el de una trama calculada y por lo tanto muchas veces rígida y hasta algo postiza: es el de un impulso profundo, una actitud que guía al autor

aunque él no la haya escogido a conciencia. No le hacía ninguna falta.

Libros así nos pueden suceder a los que escribimos en periódicos, los que tenemos la suerte de ganarnos más o menos la vida contando las cosas que nos gustan, las aficiones diversas que nos llevan de un sitio para otro, sin concentrarnos en una especialidad, sea ésta verdadera o ficticia, sin arrogarnos el papel de críticos, porque lo que nos gusta sobre todo es ejercer de observadores. Yo tuve un ejemplo muy temprano de esto leyendo los *Dietarios* de Pere Gimferrer, que sabe mucho de muchas más cosas de las que sabemos casi todos los demás, y en más idiomas de los que todos los demás manejamos. Gimferrer escribía perfectamente en serio y con pleno entusiasmo sobre libros de poesía y sobre películas, sobre novelas, sobre música, sobre obras de arte. Siempre era él mismo y siempre era diverso en sus curiosidades y sus apreciaciones.

Es muy probable que Guillermo Busutil leyera esos dietarios de Gimferrer en los años de una juventud que coincide bastante con la mía. No sé si fue influido por ellos, pero sí que respiró muy intensamente los aires de aquellos años, los de un despertar a la vocación literaria y a la inquietud cultural que estaba muy marcado por la intuición y la apetencia de lo nuevo. Era una generación cronológicamente afortunada: nos llegó la plena juventud al mismo tiempo que llegaba a nuestro país la libertad. Nos beneficiamos del ensanchamiento de la enseñanza pública, gracias a las becas muchos de nosotros, y también fuimos en muchos casos los primeros en nuestras familias que llegamos no ya a la universidad, sino al instituto. La rebeldía antifranquista había sido también un proyecto de rebelión estética. Igual que queríamos romper con la negrura del pasado político queríamos abrazar, con una vehemencia en ocasiones pueril, opciones estéticas que contuvieran una médula de ruptura. Como carecíamos de tradiciones, podíamos aspirar a la libertad de inventarlas.

Queríamos ser todo al mismo tiempo: enraizados y cosmopolitas, poetas de vanguardia y cronistas de periódico. Habíamos pasado casi en un parpadeo de la austera canción política al pop festivo y al jazz, de la abstracción pictórica obligatoria a la historieta *underground* y a la fascinación por Andy Warhol. Hablo en plural, aunque cada uno de nosotros iba más o menos por su cuenta. Que yo recuerde, en Granada y en Málaga casi nadie iba tan lejos en su vanguardismo estético como Guillermo Busutil.

En este libro, de manera sutil, hay una nostalgia de aquellos años, una lealtad a lo que significaron y a lo que nos trajeron. Guillermo fue dejando atrás sus aventuras tipográficas y conceptuales y se volcó más en la literatura, y en esa variante de la literatura en la que uno ingresa al escribir en los periódicos. Pero también los periódicos han formado parte de nuestra buena suerte generacional. Yo empecé a hacerme escritor gracias a un periódico recién fundado en Granada, y a un periodista de la envergadura de Antonio Ramos Espejo. Los periódicos eran una parte de aquel gran despertar de la vida pública española, y en ellos encontró su reflejo una parte de la cultura que por entonces también estaba naciendo. Sin darnos mucha cuenta participábamos en ella y éramos al mismo tiempo sus cronistas. Casi no había nada que no mereciera ser contado. Las crónicas, columnas, entrevistas de este libro son de un tiempo mucho más cercano, pero yo reconozco en ellas el entusiasmo de entonces, las ganas de admirar, la pasión de atestiguar y construir. Que a uno le gusten mucho cosas muy distintas tiene el peligro de la dispersión, y de la superficialidad, pero también la ventaja inmensa de ejercer una curiosidad que no se rinde a la rutina. A uno le gustan muchas cosas distintas porque tiene sus motivos: no hay libro, película, cuadro, pieza musical que no pueda ser memorable, que no contenga, stendhalianamente, una promesa de felicidad. En cada campo los críticos y los especialistas vigilan las lindes

de su territorio y cultivan su jerga específica. No tengo nada contra los especialistas verdaderos: aprendo de muchos de ellos. Pero como las artes tratan de percepciones y experiencias que son universales, y como en la mayor parte de los casos usan materiales muy comunes –palabras, lienzos, pigmentos, sonidos, imágenes–, existe la posibilidad legítima de aproximarse a ellas con una atención respetuosa, y adiestrar la capacidad de juicio y de disfrute, y además contarlos con las palabras de todos y de todos los días.

A eso se lleva dedicando toda la vida Guillermo Busutil: toda la vida que empieza en los primeros ochenta y llega hasta ahora mismo, la que transcurre entre las *great expectations* del cambio democrático y los primeros gobiernos socialistas hasta los horizontes inevitablemente rebajados de ahora. Personas de la edad aproximada a la de Guillermo y la mía han visto con sus propios ojos el ciclo completo de ascenso y caída de los periódicos, por ejemplo, y también el ensanche inusitado de la actividad cultural y los públicos de la cultura y luego su declive, el tiempo confuso en el que nos encontramos ahora, del que es una muestra, lamento tener que recordarlo, el cierre de la revista *Mercurio* y el cese de Guillermo, hasta ahora su director.

Este libro que fue haciéndose de una crónica a otra yo lo veo como un testimonio de los entusiasmos y los desencuentros de una época, de los aprendizajes fervorosos o amargos que ha ido haciendo una persona de esta generación. Hay apasionamiento y hay nostalgia. Hay un amor incondicional, tan limpio de pedantería como de cinismo, por todo lo mejor que pueden darnos las artes, que tiene tanto que ver con lo mejor que puede darnos la vida. Hay también un filo de incertidumbre, y me temo que también de desaliento. Pero no demasiado. El desaliento se nos pasa en cuanto volvemos a entusiasmarnos por una novela, un cuadro, una película, una música, una conversación sobre literatura. Lo que hay en el fondo de estas páginas es un manifiesto.

LA CULTURA, QUERIDO ROBINSON
Crónicas y miradas periodísticas

MAPAMUNDIS DE LA PALABRA

El hechizo de la lectura

LOS LIBROS son los tatuajes de la memoria. En su corteza y tálamo nos dibujan emociones y huellas de una experiencia, de un empeño, de un conjuro sobre el que ser. Cada uno tiene un trazo, un estilo, un significado. Lo mismo que pueden leerse sobre la piel que ornamentan para saber acerca de la persona que los ostenta, la estela de su cicatriz revelaría nuestro espíritu si fuese posible exhibir el cuerpo de nuestra memoria con las lecturas que fuimos y nos siguen permitiendo ser otros, muchos, diferentes entre sí y un solo ADN: la literatura. Porque todos somos Stevenson, Cortázar, Borges, Poe, Flaubert, Faulkner, Camus, Kafka, Scott Fitzgerald, Henry Miller, Virginia Woolf, Mary Shelley, Simone de Beauvoir, Anaïs Nin, María Zambrano, Stefan Zweig, John Cheever, Alice Munro. Una interminable lista de nombres en los que reconocernos en sus personajes, en sus aventuras y en sus ideales, tatuados en tinta negra, azul cobalto o verde cromo. A los libros les debemos la capacidad de explorar nuevas realidades, de entender la que a diario nos exige compromiso y batalla, y el diálogo con la parte secreta de lo que somos. También la manera en la que leemos a quienes nos despiertan el deseo, la pasión, el miedo, la curiosidad de descifrar su misterio. Cada libro es un mapa único y a la vez una brújula abriéndonos un mundo por el que se viaja con los ojos de los labios. Los que miran y pronuncian hacia dentro la letra de la voz con la que la escritura relata. Los que silabeán la lectura de la piel que uno se aventura a leer, al mismo tiempo que escribe sobre ella. No hay susurro más hermoso que el de la unión de los labios con los que nos contamos lo que el libro nos

cuenta, y el de los cuerpos que se narran el uno al otro. Lo que convierte la lectura en un acto de amor, en una actitud de conquista y de placer.

«Aprender a leer es lo más importante que me ha pasado. Recuerdo con nitidez esa magia de traducir las palabras en imágenes.» Lo dijo Vargas Llosa, uno de nuestros escritores Nobel. Comparto ese mismo deslumbramiento. No me olvido tampoco del que produce la magia para un niño de traducir las imágenes en palabras. De ver y nombrar, de nombrar, aprehender e idear otras imágenes a las que delinearle una figura. Su caligrafía lenta, suave, con el lápiz en voz baja sobre el papel. Mamá, mimar, casa, árbol, montaña, felicidad. Iguales en el sonido de la lectura deletreada despacio, moldeando el eco de lo fonético entre el paladar, la lengua y las consonantes labiales; diferentes en la mirada que las imagina lo mismo que en la escritura con la que expresamos los significados con los que nombrar nuestro mundo, y el recinto de los afectos. Cada uno tiene su propia representación de la madre, de sus mimos, de la casa, de un árbol, de una montaña o de la felicidad. Las palabras comunes y a la vez únicas son la prestidigitación de un contorno con sonido en el que sucede el presagio de lo que se nombra. Sus tonos, su intensidad o su flexión crean cromatismos y música, y hacen que las palabras sean responsables de lo que dicen y de la forma en como lo dicen. Ése es el poder de su embrujo, contagiado a través de su naturaleza escrita y de su lectura, y cuyo botín es la ventana que nos abre en la mente o en el corazón. En lo real y en lo imaginado. Allí donde conversamos acerca de miedos o emprendemos esperanzas. Es profunda la huella de la emoción de ese primer momento en el que sentimos y comprendemos lo que significa un libro y la forma en la que lo hacemos nuestro, y después intercambiamos con los otros. Es triste pensar que el hechizo de ese asombroso descubrimiento de nuestra infancia, y de la primera identidad que pensamos para ser en

el mundo –pirata, princesa, soldado, bailarina, arponero o capitana– se adormezca muchas veces en la adolescencia de lo rebelde y nunca más otro libro lo despierte. Ni siquiera se le da la oportunidad de que nos bese.

Nadie nace lector, lector hay que hacerse. Libro a libro aprendemos a leer, a degustar, a exigir al lenguaje, la manera en la que funciona la historia y resuelve su conflicto, su enigma, la vida impresa de los personajes entre los que caminamos. Igual que lo hacemos con Muñoz Molina en su penúltima novela, ensayo y *moleskine*, *Un andar solitario entre la gente*, en la que nos propone la celebración del *flâneur* y del instante espontáneo, una reflexión acerca de los residuos cotidianos del consumo, una aventura sobre ser náufrago en la calle, y la polifonía de la ciudad que se puede escuchar con la mirada. La lectura apasiona porque, como defiende Pere Gimferrer –poeta del amor para salir del coto cerrado de uno mismo, lo hace en su último libro *Las llamas*–, el texto en pos de otro texto y, a través de él, en pos del autor nos proporciona que en esta búsqueda todos podamos reconocernos. Esto es lo que distingue un libro de otros, el que nos enseña el pulso de las palabras y se asoma dentro de nosotros, de los que al terminar se convierten en humo.

La lectura es uno de los ejes fundamentales que expresan el progreso económico, moral y crítico de una sociedad. En España se lee poco. Los informes de la Federación del Gremio de Editores cuantifican un 50 por ciento de ciudadanos sin rubor en afirmar que nunca lee, y otra mitad que lo hace por ocio. Las cifras pueden operarse en función de intereses, la realidad no. Así que no importa el peso de la estadística y sí la gravedad de la escasa respuesta de los ciudadanos ante la falta de ética que exhiben los políticos en casos de corrupción, de violencia, de supremacía, de incapacidad para gestionar divergencias y confrontaciones. No hacerlo supone aceptar la realidad que se nos imponga,

y su lenguaje de la posverdad, sus reglas de la moral en justicia y convivencia. Leer es pensar. La mejor fórmula para defendernos de sectarismos, desafiar lo trillado, luchar desde la ética del coraje y la inteligencia audaz. De viajar a través de los ámbitos de lo fantástico. ¿Se enseñan estas aptitudes y bienes en la educación cuando se invita a la lectura? ¿Se despierta el entusiasmo de los jóvenes lectores desde la pasión lectora de la docencia? ¿Leer ha dejado de ser una herramienta eficaz para enriquecer el sentido de las cosas y el mundo? ¿Hemos convertido los libros en objetos de anticuario, y la lectura en una exigencia inservible?

Nadie se atreve a hacer un diagnóstico concluyente ni a buscar un medicamento que abra el apetito de leer y contribuya a mejorar la salud del sector del libro y a favorecer su calidad de prestaciones. Ninguna televisión apuesta en serio por la promoción de la cultura ni por la importancia de leer más allá del entretenimiento. Todo queda en la fiesta de rosas de mañana en Barcelona, esperemos que con la misma celebración de siempre, y con las ferias del libro que empiezan a florecer en muchas ciudades. Aunque en otras es más bien una verbena de barrio.

Lo he reivindicado muchas veces. Leer en presente es un indicativo de cultura. Yo leo, tú lees, él lee, nosotros leemos, vosotros leéis, ellos leen. En los autobuses, los metros, los trenes, los aviones, los barcos, los parques, las bibliotecas, las salas de espera, las cafeterías, las playas, en las casas de hoy y del mañana que celebramos libro adentro. Y también libro afuera, porque cada calle es una página de la ciudad por la que transitamos como palabras sueltas de un lenguaje que nos va escribiendo sin que nos demos cuenta, convirtiéndonos en personajes de una historia sobre el amor, el tiempo, la muerte. En un relato que encaja en los otros. Por eso cada día, y mañana más, dejo que un libro me bese.

Héroes de la frontera

UN ESCRITOR no se titula en la Universidad. Licenciarse en escribir es imposible. La escritura nunca deja de examinarse a sí misma. En cada libro y en su voz, en el viaje por la piel y el interior de lo que se quiere contar, en el proceso de otorgar carnalidad a los personajes en los que se busca y a cuyo retrato uno se va pareciendo. Lo mismo que ellos se van pareciendo a él. El único título del escritor es el de fugitivo de la realidad. Su única especialidad es la frontera. De la primera deserta y escapa, y en la segunda acomoda la identidad en su refugio. El verdadero escritor siempre tendrá la asignatura pendiente de la inseguridad. Esa que precisamente le ayuda a retarse con el lenguaje, con el tiempo sucesivo de su mirada sobre lo que despierta su imaginación en la realidad y sus desequilibrios. También con el tiempo de permanencia en las zonas oscuras de su memoria, donde residen las amenazas que cuelgan como estalactitas. Igual que en los jardines botánicos donde la vida tiene sus pájaros de lo cotidiano, los árboles del bosque a los que encontrarles sus vuelos y sus esquinas.

Es difícil enseñar la manera en la que el rigor de la realidad y las posibilidades de la ficción se ahorman entre sí. Lo mismo que las puede ahormar en su trabajo el escritor. En los estudios académicos, además de la excelencia de los clásicos en su lectura, como mucho se puede encontrar la suerte un profesor que enseñe a mirar, a interrogar, a cruzar por dentro del lenguaje con pasión y honestidad, ambición y humildad. A sacudirse lo accesorio y ajustar el toque de plasticidad.

Escribir no es una disciplina *cum laude*. Al contrario, es un trabajo cognitivo y sensible que obliga permanentemente a perseverar. Aun así, de vez en cuando, un escritor entra en la Universidad porque sus doctores reconocen la trayectoria y singularidad de una mirada, los territorios de una voz y un lenguaje como mundo y como bisturí de la sociedad. Fue el caso, merecidísimo, de Antonio Soler, *gaudeamus igitur* por «la trasmutación de un espacio extraído de Málaga y convertido en un universo literario con identidad propia, que en su globalidad conforma una sola y poliédrica obra», como lo apadrinó el profesor Hipólito Esteban. E igualmente asintieron en el acto los doctores en su lectura, amigos y compañeros de la tribu. Admiradores también de su capacidad para administrar la temperatura de la escritura y de la historia su reloj; su habilidad para la asistencia decisiva del lenguaje.

Hace muchos años que conocí a Soler, aunque el nombre que ahora digo también respondía entonces al de Solé Vera. Fue en una estación de tren a la que habíamos llegado tarde o tal vez demasiado temprano. En la ciudad había una feria. Le hacían un homenaje. Alguien debía llegar a recogerlo pero no esperaba nadie. Nadie en la hora que pasó de largo. En ese tiempo, no hablamos demasiado. Él es de los que prefiere observar, de cerca o de lejos. Cuando habla, sabe medir las palabras, pie chico, pie largo. Saborea los silencios y las sombras que suceden en una frase. Pienso que así fumaba Solé Vera, las caladas al cigarro que daba a solas en la nieve o en la memoria, ese barrio al que uno siempre regresa solo a ajustar cuentas con sus sueños y sus derrotas. Palabras cortas, intensas, sin ningún escarceo, moviéndose a contraluz, como el humo del cigarrillo en primer plano americano. Igual que en la pantalla del cine Cayri al que iba Soler, sesión de tarde, estreno de *El sueño del caimán*, aquel invierno donde cada uno de la pandilla ponía color al pelo de la mujer que sería su modelo de pasión.

El humo sí, hipnotizado por una música de fondo des-
envolviendo en blanco y negro el rostro de Serena Vergara,
las voces de Miguelito Dávila, de Murphy, de la Pegaso, de
Paco el Textil, de Róvira el fotógrafo, hablando entre ellos
de las bailarinas muertas en el cabaret Biltmore. El local
al que nunca regresó desde la muerte del mago Rafael. Su
amigo y maestro. Otro que, al igual que Solé Vera, es una
de sus criaturas de sombra y hueso en la delgada línea roja
que separa la realidad de la ficción, prófugos que entran
y salen de su memoria, marcando a navaja en las páginas
de los libros las iniciales de los rebeldes. Soler nunca les
pregunta por qué llegan a esas horas, de dónde vienen o si
esconden sus jirones de niebla y sueños en la pensión Ríos
España, donde no importa qué noches esperan sus regres-
sos para empezar de nuevo.

Lo supe enseguida. Sé leer entre las palabras de un hom-
bre y los silencios por los que huye. Cada uno de esos seres
fronterizos –sus amigos– son las esquirlas de frío y de culpa
que lleva dentro, un naipe en la bocamanga de su partida
contra el miedo, las dudas, la muerte a la que un día, en
Lausana, soñó como una máquina de coser que cargaba so-
bre los hombros. Uno siempre carga con algo, generalmente
con su pasado. Y también con el destino, al que a veces le
falta el dedo de una mano. De la pérdida lo que importa es la
manera de contarla. Se lo explicó Marsé, en un taller de re-
lojería en el camino de los ingleses. Lo mismo que Faulkner
le enseñó a sudar la furia del lenguaje; Conrad a sacudirse
las nieblas del corazón y Onetti que todo es ficticio, hasta
uno mismo. El viejo Baroja le dijo que ninguna aventura
llega lejos sin unas buenas botas que corran sobre el barro,
que se hundan en la hierba. De cada uno de ellos me contó
despacio Soler o Solé Vera aquella noche en la que él parecía
redondear las palabras con sus manos, dándole forma a una
esfera que resultó ser su barrio, el mundo del que un día se
marchó Gustavo Sintora en busca de Soledad Rubí.

Cada escritor corta la literatura a su medida. Es como ajustar el asiento del coche y el volante, antes de empezar lo que realmente importa: la manera de conducir y el viaje. La travesía y su espíritu, aquello que la nutre y la certifica por encima de qué son el éxito, la fama, el fracaso, el grado de justicia o de injusticia con que se valora a un escritor. Ese tipo que en su tarea con las palabras se interroga a sí mismo y a sus obsesiones, a los ruidos y quemaduras de la realidad, al mundo que lo empuja nunca se sabe a qué destino. En la trama de la vida y en la cicatriz de su memoria, en la cultura, en los libros y en la prensa, en la calle y en las batallas. Ésas son las fronteras a las que siempre vuelve, aunque de tarde en tarde el santuario de la Universidad lo reconozca como un profesor en lo de ser a veces conciencia y siempre fugitivo.

Igual que Solé Vera, eterno niño Salgari al abordaje del horizonte por el que apareció, entre los destellos de unos faros, una voz femenina. Serio, sin prisa, agitó una mano hacia el automóvil de la literatura y me tendió la otra, antes de alejarse. De perfil el rostro, erguida la gabardina, un instante de soslayo en el que me pareció un espiritista melancólico.

Así es como recuerdo aquella noche del escritor y sus novelas sobre las que les he contado.